

propter quod Deus exaltavit illum et dedit illi nomen quod est super omne nomen. María escogió por una obediencia voluntaria la muerte, y por eso fué exaltada á una óptima gloria.

SERMON

DE SAN MIGUEL,

Predicado en el convento de religiosas de la Encarnacion de Méjico.

Angeli eorum semper vident faciem Patris mei qui in Calis est. Matthæi cap. 18. v. 10.

No es la condicion de los infelices hijos de Adan, sugetos á sufrir un penoso destierro léjos de la celestial patria, tan miserable y dura que en el tiempo mismo de su triste peregrinacion no mantenga un comercio intimo con el cielo. El Señor que por un efecto de su infinito amor los crió para que le gozaran en aquella mansion de delicias, quiso en fuerza del mismo amor que los soberanos espíritus, que habian de ser algun dia sus compañeros en el cielo, fueran desde la tierra sus fieles custodios y sus tutores. Admirémos con razon la correspondencia y armonía que el Supremo Hacedor estableció entre la tierra y el

cielo, sin que la impidan ó la alteren la casi infinita distancia que hay entre algunos de sus cuerpos, ni su diferente naturaleza, ni la grande desproporcion y desemejanza que se observa entre ellos. Unos de los cuerpos celestes con sus influjos, otros con sus luces se comunican con la tierra correspondiendo á los varios movimientos, aspectos y situaciones de los planetas la alternativa de dias y noches, la mutacion de las estaciones y muchos fenómenos del mundo terrestre. ¡Pero cuánto mas nos debe admirar que unas puras inteligencias sin mezcla de materia, que los inmortales moradores de la Santa Sion, cortesanos del Empíreo, empleados felizmente en ver, en amar, en tributar dulces cánticos de alabanza al Santo de los Santos, mantengan un trato, un comercio el mas familiar é íntimo con hombres compuestos de fragil barro, cautivos entre las cadenas de Babilonia que peregrinan por un valle de lágrimas ocupados en llorar y sugetos á las mayores miserias: *Angeli eorum semper vident faciem Patris mei!* Los príncipes del cielo cuidan á los hombres de la tierra, les asisten dia y noche y en calidad de criados los llevan sobre las palmas de sus puras manos. ¡Qué ve-

neracion tan profunda y humilde! (escalma aquí atónito San Bernardo); ¡Qué agradecimiento y qué amor no corresponde en nosotros á aquellos espíritus tan elevados por su ser y tan bienhechores por sus oficios! Mas si tanto exigen de los hombres la dignidad y beneficencia del comun de los ángeles; hasta qué grado no llegará esta deuda para con el mayor de todos en la nobleza de su ser, y superior á los demas en beneficiarles? Estos dos títulos, fundamentos de nuestra sólida amorosa devocion al gloriosísimo arcángel Miguel, son tambien la principal materia de su justa alabanza. Pero habiendo de medirse la veneracion y amor que debemos á este amable Príncipe por su dignidad y por sus dones; qué ingenio humano por elocuente y sábio que sea podrá explicar jamas las virtudes y escelsos destinos de Miguel respecto de Dios y del hombre, para colegir de ellos su dignidad y sus beneficios? Los demas ángeles (decia el grande Apóstol de las gentes) son ministros que el Señor destina, ya para guarda de los hombres, ya para una ú otra particular empresa dirigida en los eternos consejos para la salvacion de los mortales: *Omnes sunt administratores in ministerium missi propter*

eos qui hereditatem capiunt salutis. Miguel fué escogido para custodio del mismo Dios, y ministro protector de su mayor obra, que es la glorificación de los hombres. Dos destinos los mas altos que os han de dar á conocer la escelsa dignidad de Miguel para venerarle, y la grandeza de sus beneficios, para amarle.

Yo me prometeria daros en esta mañana una noble idea de este arcángel supremo si el caudal de mis luces fuera igual al tierno afecto que profeso á los ángeles santos, y á Miguel entre todos como su Príncipe y su gefe; pero á pesar de mi ignorancia confio que me sostendrá é ilustrará para promover un asunto tan de su agrado la Reyna Purísima de los ángeles María Madre de Dios. Ayudadme á pedirselo saludándola llena de gracia. AVE MARIA.

Para daros alguna idea de las excelentes virtudes de Miguel, no será extraño que yo me valga de las brillantes imágenes con las cuales se nos describe en los libros santos, bajo la alegoría de una batalla, el triunfo de la gloria de Dios que alcanzó este arcángel supremo. Acababan de salir, antes que las demas criaturas, de las manos omnipotentes de su Hacedor las inteligencias angélicas, en quie-

nes como en su obra primera habia depositado con singular esmero los últimos primores de la naturaleza y la gracia. Todas cuantas luces resplandecen en nuestro cielo material; cuantas perlas y piedras preciosas, quanto producen de singular y raro el mar y la tierra no pueden ser figura aun tosa de aquellos espíritus puros por su condicion, inmortales, sábios, poderosos y adornados por beneficio de la gracia de cuantas virtudes y dones correspondian á los que iban á ser en breve cortesanos de Dios y sus compañeros en la gloria; pero apenas contaban dos momentos de vida cuando discordes los ánimos se trabó entre ellos una grande y peligrosa batalla: *factum est praelium magnum in caelo.* Batalla verdaderamente grande por el lugar que les sirvió de campo, por la calidad y poder de los combatientes y por los intereses que en ella se habian de decidir. Luzbel, espíritu hermosísimo y perfectísimo, seguido de otros innumerables ángeles sus partidarios, haciendo al cielo teatro de su sacrilego atentado concibió el soberbio desigño de ser semejante á Dios y subir á sentarse sobre su trono. No es fácil, señores, concebir y menos explicar como unas inteligencias tan sábias pudieron aspirar á un

término que sabian bien serles imposibles; pero ya sea que pretendieran una primacía de dominio sobre las otras criaturas inferiores, ó que apetecieran los honores que solo se deben á la divinidad, ó que engreidos con su escelencia y hermosura les pesara no poder ser aquello mismo, en que desordenadamente se complacian; lo cierto es que queriendo ser semejantes á Dios, rebeldes á su Señor pretendieron sediciosamente atraer á su partido á toda la república de los ángeles. ¡Ingratitud la mas negra é infame! ¡sedicion la mas injuriosa á la gloria de un Dios, de un Criador y de un Padre! ¿Hacer teatro de su rebelion: el palacio y corte del soberano? ¿Qué casi el primer egercicio de su voluntad libre y racional sea la infidelidad mas brutal? ¿servirse de sus mismos dones como de armas, para negarle el vasallage? ¿desear quitarle, si fuera posible, de las sienes la corona al mismo que los acaba de eriar para herederos y principes de su reyno? ¿pretender que en todo él no quede un solo vasallo que le alabe, que le obedezca y reconozca como á Señor? ¿Dios poderoso y fuerte! para destruir á estos atrevidos, y volver por el honor de tu gloria bastaria una sola ojeada, ó un leve sopló de tu indignacion; pero cuando te

valiste para tu gloriosa defensa, y para mayor oprobrio de Luzbel de una criatura de su misma naturaleza! ¡cuán grande! ¡cuán hermosa! ¡cuán escelente debió ser esta!

Asi fué, señores, para confundir el orgullo de un ángel envanecido con su perfeccion nada era mas á propósito que otro ángel, que adornado de la misma ó de mayor hermosura se humillara hasta lo profundo, y le hiciera ver que los mas grandes dones y gracias son materia no de una gloria vana; sino de los sentimientos mas humildes. Bastaria esto cuando no tuvieramos otros testimonios decisivos para persuadirnos á que Miguel, escogido de Dios para hacer frente á los ambiciosos designios de los rebeldes; fué el mas perfecto y el mas hermoso de todos los ángeles: *Michael unus de principibus primis.* ¿Mas de qué armas se valió para una empresa tan importante, y qué fué lo que hizo para defender y exaltar la gloria de Dios tanto, quanto Luzbel procuraba obscurecerla y deprimirla? ¿De qué otras podia ser sino de aquellas con que únicamente puede la criatura engrandecer á su señor? reconocer su pequenez, protestar la grandeza de su Criador, y manifestar con una humilde contraposition de ambas

cuánta es la soberanía y suprema perfección de aquel Dios en cuya comparación son vilísima nada las mas puras inteligencias. Armado de esta fé el entendimiento claro de Miguel, fortalecida su voluntad de los sentimientos mas humildes dirigiéndose á la tropa de los rebeldes, y al partido de los ángeles leales para abatir á aquellos, y confirmar á estos, en aquel lenguaje espiritual que les es propio, les dijo á los primeros: ¿qué locura, ingratisimos é infelices compañeros, os ha hecho concebir una idea sacrilega tan agena de vuestro ser, como injuriosa al de nuestro Dios? ¡Serle semejantes y aspirar á su trono! ¿Pues qué? ¿esa pura naturaleza de que os precias, esa hermosura, esos dones, tantas virtudes y gracias que os han adornado no os estan señalando la mano que os los dió? ¿no son el vínculo de vuestra dependencia, una marca de vuestra deuda y un sello del divino dominio impreso en vuestro mismo ser, que os enseña que nadie puede ser como Dios? ¿*Quis ut Deus?* Ahora tres instantes toda esa hermosura era menos que la tierra y el cielo; nada erais, y ¿quereis compararos al Dios de las eternidades, principio sin principio, fin sin término, que es lo que siempre fué, que será eternamente lo que es, y que exis-

tiendo en todos tiempos sin mudanza es solo el que es? ¿*Quis ut Deus?* Si os envanece vuestra sabiduria, rastread si podeis los secretos aun de los ángeles inferiores, mientras que este Dios sabio conociendo lo que es, como lo que no tiene ser, registrando sin fatiga la infinita esfera de lo posible tiene presente á sus ojos nuestros mas reservados arcanos. Si os gloriais del poder que os ha concedido ¿cuán escaso es y cuán limitado? volved la consideración á esa vasta máquina de cielos y tierra que dentro de poco tiempo va á salir de sus divinas manos. Los astros, las aguas, todas las varias especies de los reinos mineral, vegetal, animal; el hombre mismo no le costará mas que decir hágase. Criad si podeis vosotros el insecto mas despreciable, la flor mas pequeña. El si quiere criará en solo un punto gerarquias infinitas de especies mas nobles que nosotros: ¿y quereis ser como Dios? ¿*Quis ut Deus?* y ¿apeteceis su semejanza con el sacrilego pesar de no poder arribar á ella? Yo por el contrario, Dios mio, mi sumo bien, solo quisiera ser mas infinitamente de lo que soy por servir á vuestra gloria, por tener mas títulos que me obligaran al agradecimiento, y para protestar humildemente que cuan grande

fuese, nada era comparado con vos: *¿Quis ut Deus?*

Este momentáneo discurso del humilde arcángel que, á manera de un rayo que con su estruendo y voracidad pasma, entorpece y reduce á cenizas á los que hiere, hizo que atónitos y vergonzosamente confundidos los ingratos ángeles se precipitaran á las horrendas cárceles en donde gimen y gemirán para siempre; fué por el contrario para los ángeles fieles como una luz apacible y hermosa. Su entendimiento se ilustró con los conocimientos de las mas vivas de la fé, su voluntad se enriqueció con los inapreciables tesoros de humildad, de agradecimiento y de amor á Dios, y exclamando todos, á egemplo de Miguel, resonaron los cielos con aquel dulce cántico de la gloria divina: *¿Quién como Dios? ¿Quis ut Deus?* A mi, señores, cuando me he puesto á contemplar, á solas los efectos de este glorioso triunfo, alguna vez me ha parecido que llego ya aquel día suspirado en que desatada mi alma de las prisiones de la carne es conducida por mi amabilísimo ángel custodio á la morada de los bienaventurados; y que llevándome por algunos palacios riquísimos por su materia, mas puros y resplandecientes que el oro y el sol, precio-

sisimos por las brillantes piedras que los adornan me introduce finalmente hasta el alcázar en donde tiene Dios su trono; y que cuando mas absorto, y como anegado en aquel océano de luces no sé á donde primero aplicar la vista, oigo que me dicen: *¿Ves esa corte magnífica de hermosísimos príncipes que asisten humildemente postrados al rededor del divino solio? los ves distribuidos en tres gerarquías y nueve coros unos superiores á otros, sin que la multitud cause confusion, ni engendre envidia la diferencia de los grados? Pues todo esto se debe en gran parte á Miguel. Aquellos serafines que cubriendo el rostro y los pies vuelan y cantan incesantemente santo, santo, santo abrasados en amor divino, á Miguel deben sus incendios. ¿Ves los querubines llenos de luz y sabiduría? pues á Miguel la deben. Aquellos son los tronos que absortos en contemplar á Dios sirven de escalab á sus pies: aquellas las dominaciones á quienes se confia el gobierno del mundo: esotras las virtudes por cuyo medio se obran los milagros, Miguel fué quien sostuvo la fidelidad con que merecieron estos empleos. Mira ácia aquella parte las potestades que refrenan los demonios; al otro lado los principados que presiden á los reynos y las provincias: reconoce*

alli á los arcángeles que asisten á los preladados de la iglesia; aquel coro sin número le componen los ángeles que custodiamos á los hombres. ¿Te admira, te sorprende esta república de reyes? Pues toda la conservó Miguel con su humildad: él fué su gefe, él es su príncipe: acaso si Miguel no hubiera con tanta firmeza hecho frente á Luzbel, verías desierta esta corte, vacías esas sillas, y estos cánticos de alabanza con que los nueve coros glorifican á Dios se hubieran convertido en gemidos y blasfemias horrendas con que á semejanza de Lucifer le injuriarian. Levanta ya los ojos y mira superior á todos al grande Miguel, póstrate, reconócele como á custodio y defensor de la divina gloria. Príncipe amabilísimo ¡y ha llegado ya el dia que cara á cara te vea claramente!; y:::

Pero adonde me arrebatá, señores, una piadosa imaginacion: aun no ha llegado este dia felicisimo: aun es preciso suspirar y gemir entre la esperanza y el temor de ¿cual será mi suerte? contentémonos por ahora con solo considerar lo que (¡oh, y así sea!) veremos algun dia, esto es: la dignacion de un Dios que, siendo independiente, y no necesitando de ageno auxilio, quiso valerse de Miguel, y darle la custodia y la defensa de su gloria. Con

razon un discreto orador italiano al contemplarle anunciando las grandezas y perfecciones de Dios, y sosteniendo con su predicacion á los ángeles fieles le llamó apóstol del empireo. ¿Y qué mucho que los hombres inventen estos y otros muchos titulos para su alabanza, si el mismo Dios en recompensa de su heroico mérito le dá en las divinas escrituras los magníficos renombres de ángel del semblante divino, espíritu suyo y aliento de su boca? Y á la verdad bastaba para premio de la fidelidad de este grande arcángel la honrosa eleccion que Dios hizo de él para tanta empresa: en ella el triunfar era sobrada recompensa de haber vencido; pero el Señor, largo siempre en remunerar, quiso que este ángel custodio de su honra adquiriera humillándose, lo que Luzbel sacrilegamente deseaba sin poder alcanzarlo. Una de las semejanzas que éste apetecia era la primacía de gobierno y la presidencia sobre las criaturas todas, especialmente entre los hombres. Esta prerogativa, verdaderamente divina, en cierto modo la comunicó Dios á Miguel haciéndole el egecutor de sus mas grandes obras, y fiando á su custodia el cumplimiento de los soberanos designios de que se forma el negocio de la glorificacion de los hombres.

Ellos eran los que habian de llenar las sillas que Lucifer y los suyos dejaron desiertas; y aquel que los arrojó de ellas debia ser tambien quien, para restaurar completamente la gloria del Señor, se encomendara de colocar á los hijos de Adan en los asientos que perdieron los rebeldes ángeles. A la manera que los soberanos de la tierra suelen depositar sus confianzas en un ministro sabio, activo, prudente y fiel, por cuyas manos dirigen y despachan sus resoluciones y providencias; Dios, que no necesita de ageno ministerio, por solo un efecto de su amor á Miguel, quiso que fuese el fiel egecutor de sus misericordiosos consejos. Si haceis una ligera revista de todas las edades del mundo, y de los diferentes estados de la ley del Señor y de los de la iglesia; apenas hallareis obra alguna de aquellas en que ha manifestado Dios singularmente su poder, su sabiduria y su amor de que él no haya sido el glorioso instrumento. Porque ¿qué portento ó que beneficio se obró en aquel pueblo en quien los milagros por comunes casi habian perdido su admiracion sino por mano de nuestro arcángel? Apariciones de Dios á Moyses: tablas de la ley escritas con su divino dedo: egércitos enemigos destruidos: Israel ya libertado de los

egipcios con muerte de todos sus primogénitos, ya conducido por el desierto con luces, con sombras, con alimentos prodigiosos: todo esto (y mucho mas que no sería facil referir) se hizo por ministerio de Miguel, á quien por tanto la iglesia de la sinagoga reconocia por su principe tutelar y patrono.

A no ser esta una materia tan vulgarizada y sabida, yo os haria ahora recorrer la felicísima edad de la ley de gracia, y os mostraria como, desde sus venturosas cunas en la encarnacion del hijo de Dios hasta el último terrible dia de los tiempos, Miguel interviene en los misterios mas sagrados. Protege al pueblo cristiano, preside á los intereses de la iglesia, y cuida de su exaltacion. Solo con haberlos insinuado estais vosotros haciendo tierna memoria de los adorables sucesos de la vida del hombre Dios, y representándoos á Miguel, ya anunciando á los pastores su feliz nacimiento: ya asistiendo á María en su virginal parto, y acompañándola en la cueva humilde de Belen: ya consolándola y sirviéndole en su huida á Egipto: ya confortando á Jesúcristo entre las mortales agonías y sudores del Huerto. Pero no omitamos el testimonio mas espreso de ser Miguel el ministro á quien se han fiado

los negocios y proteccion de la iglesia y de los cristianos.

En aquella espresiva horrorosa imagen, que trazó San Juan al capitulo doce del Apocalipsis, de un fiero desmesurado dragon que con siete horribles bocas se disponia á devorar el hijo varon que iba á dar á luz una hermosa muger; en este, pues, espantoso monstruo se figura el demonio aspirando á la ruina de los fieles hijos de la iglesia. Pero en el mismo lienzo nos pinta el santo evangelista la batalla sangrienta de Miguel con la bestia enemiga, su victoria y su triunfo. La aplicacion de este profético pasage es tan comun y literal que no necesita explicarse. ¿Cuántas heregias, cuántos cismas, cuántas persecuciones han vomitado contra la iglesia santa por su inmundada boca el dragon infernal? ¿Cuántos escándalos, cuántos vicios, cuántos desórdenes figurados en sus diez cuernos y siete diademas ha escitado en el pueblo cristiano? A todos ha hecho frente Miguel, contra todos ha declarado la guerra, y á esfuerzos de su poderoso brazo ha triunfado la esposa amable de Jesucristo. El habrá de coronar sus triunfos en los últimos tiempos apareciendo en forma visible para oponerse á los fraudulentos designios del Anticristo

para sostener á los cristianos en su fé, y para quitar la vida á aquel terrible perseguidor. ¿Qué mucho que, como el defensor de la iglesia y tutor de sus hijos, el dia del supremo juicio se deje ver sobre un trono formado de blancas resplandecientes nubes precediendo al Unigénito de Dios, y llevando en sus manos aquel sagrado madero instrumento de nuestra redencion, gloriosa insignia de los escogidos, y prenda de la glorificacion del humano linage?

Pero no imaginéis, señores, que estos oficios de Miguel se dirigen solo al comun de la iglesia, y que, como acá entre los hombres los gobernadores atentos á las mas graves urgencias fian de otras manos el cuidado de los pequeños intereses de los particulares, él solo presida á las grandes empresas sin atender á cada uno de nosotros: nada menos; él cuida, él defiende, él asiste á cada hombre como si fuera su particular custodio. Atento á nuestras necesidades ilumina y rige á nuestros ángeles de guarda, por la superioridad de su ser y de su comision; para la mas segura defensa. ¡Ah, si nos fuera permitido verle ante el solio de Dios uno y trino pidiendo gracias de penitencia para el pecador, de aumento para el justo, ofre-

ciendo nuestras oraciones, y presentando nuestras súplicas! Acaso, señores, jamás hemos hecho una seria y debida reflexion sobre este punto, y quizá hasta ahora no hemos tenido la debida confianza en el patrocinio de este arcángel protector, y el correspondiente agradecimiento á sus beneficios. Mas ¡Ah! que cuando mas olvidados de este celestial espíritu, ó gemíamos agoviados de nuestra desgracia, ó nos regocijábamos de nuestra buena suerte; él, aun sin pedírselo nosotros, se compadecia de nuestros males, y cuidaba de nuestra felicidad. Aquel peligro que amenazó á nuestra honra ó vida; aquel riesgo en que íbamos á perder el alma; aquel negocio de que pendia nuestro establecimiento; aquellos infelices momentos en que cargados de culpas nos hubiéramos condenado, si Dios nos hubiera quitado la vida: todos los observó Miguel y en todos debemos á su patrocinio el feliz éxito. Bienhechor singular quien sin el mérito del ruego, y aun sin la recomendación de la memoria del cliente le protege y le auxilia. Yo no puedo proponeros otro estímulo para obligaros al agradecimiento, ni mas eficaz para escitar nuestra confianza. Sé muy bien, señores, que las comparaciones cuando se trata de la santidad, ó del patrocinio

de los santos siempre son peligrosas; que la verdadera piedad las condena. y que el devoto empeño del orador suele tal vez arrojarle á ciertas alabanzas mas piadosas que sólidas. Pero yo no temo incurrir en este defecto aun cuando avance que el patrocinio de Miguel (si exceptuamos el de la madre de Dios y el de su casto esposo) es el mas poderoso, el mas universal y el de mayor valimiento para con Dios.

No nos detengamos ahora en ponderar la primera calidad que recomienda á un patron que es su grandeza: la de nuestro arcángel no ha menester otra prueba que la que ya he insinuado considerándole custodio, en cierto modo, del mismo Dios por haberlo sido de su gloria: ni menos se puede dudar de su poder, cuando (como discurre San Gregorio) para manifestar Dios que nadie puede lo que él, su Magestad se vale de Miguel siempre que egecuta algun portento. Su amor ácia nosotros es á medida de su autoridad, y (me atrevo á decirlo) cuando no nos amara, su propia gloria, su honor le interesarían en proteger á los que persigue su enemigo, y los que ocupando su lugar en el cielo han de hacer mas completo su triunfo. Mas todo esto, señores, es poco; lo mas es el ori-

DE SAN RAFAEL.

Predicado en el convento de religiosos de San Juan de Dios de la ciudad de Toluca.

Jacebat multitudo magna languentium: angelus autem Domini descendebat. Joan. cap. 5. vv. 3. 4.

Si al contemplar la soberana invisible proteccion de los santos ángeles para con los hombres, que nos recuerda la célebre historia de Tobías, hubiera yo en esta mañana de buscar una materia la mas propia para complaceros y llenaros de regocijo, no haria mas que valerme de las mismas palabras con que el glorioso arcángel Rafael exhortaba á los dichosos Tobías: *benedicid, glorificad al Dios del cielo, y confesad á vista de todo el mundo que os ha colmado de sus misericordias.* Y á la verdad ¿qué mayor dignacion, qué misericordia mas grande, qué piedad mas soberana de Dios para con el hombre que

apenas ha nacido cuando le destina para compañero en la vida, para maestro que le ilustre, para guia que le encamine, y para protector que le ampare no menos que á uno de aquellos soberanos espíritus felices cortesanos del empireo, y ministros favorecidos suyos? jamas podrá, decia lleno de asombro San Bernardo, conocer el hombre la inefable misericordia de Dios en haberle dado por custodio y compañero perpetuo á un ángel, mientras no llegue á penetrar quién es el hombre, y quién el ángel, y cuanta la distancia entre uno y otro. Porque ¿qué otra cosa es el hombre, por mas que nos deslumbré un falso brillo, que una efimera flor que nace en la mañana y se marchita en la tarde; un ligero polvo violentamente arrebatado por los furiosos vientos de las pasiones; un vaso de corrupcion y miseria; un manantial fecundo de enfermedades; un engañoso aunque lucido fantasma de carne que no reconoce otro principio que el polvo ni otro fin que la asquerosa tierra de un sepulcro? Por el contrario ¿qué cosas son los ángeles? Espíritus soberanos, dice el catecismo, que estan á Dios alabando. Como si dijera: son unos espíritus de naturaleza tan perfecta que ni sienten dolor, ni estan sujetos á enfermedad, ni temen la

muerte; de condicion tan elevada que al rededor del escelso trono del Altísimo estan continuamente ocupados en sus alabanzas: en tan feliz estado que, colmados de gloria y bienaventuranza, dichosos cortesanos del empireo participan no menos que de la misma divina felicidad. ¿Y al hombre (concluye San Bernardo) tan vil y despreciable le has destinado ¡oh Dios amante! un espíritu tan noble y soberano que le acompañe á donde quiera que vá, que le dirija, que le illustre, que le consuele, y, para servirnos de la elocuente frase de David, le conduzca y le lleve en sus propias manos? Esceso por cierto tan singular del amor de Dios para con el hombre, que, á reflejarle seriamente, bastaria á llenarlos de un santo júbilo estimándole en mas que cuantos falsos honores y tesoros perecederos puede ofrecer el mundo. Un solo ministro, un consejero fiel, un maestro sabio fueron bastantes á hacer felices é inmortalizar el nombre de aquellos monarcas, que los apreciaban en mas que su mismo imperio. Filipo el Macedonio reputaba por su mayor dicha haber hallado un Aristóteles que dar por maestro al grande Alejandro: Nerón, aquella furia oprobrio del humano nombre, consiguió en los primeros años de su im-

perio la gloria de un príncipe cumplido; mientras siguió las sabias máximas de Burrho y de Séneca; y aun en estos últimos siglos ¿cuánto contribuyeron á la grandeza de Luis XIII en Francia; de un Fernando el católico, y un Carlos V en España la sabia conducta de los Richelieus y los Gimenez? Y si tanto apreciaron los hombres fiar su conducta á personas ilustradas y sabias, que aunque tales siempre estuvieron sujetos á la fragilidad de su condicion, espuestas á las negras sombras de la ignorancia ¿qué deberemos nosotros pensar de nuestra dicha viéndonos encomendados, amparados y protegidos de unos soberanos espíritus elevadísimos en su ser, interesadísimos en nuestro bien y llenos de sabiduría para alumbrarnos?

Mas entre tantos estrechos lazos de amor y agradecimiento, que cada uno de nosotros en particular tiene para con su ángel custodio, tenemos el día de hoy uno no menos fuerte, si bien mas universal, que á todos en comun nos obliga al reconocimiento mas amoroso á aquel arcángel soberano protector destinado por Dios para la salud de los hombres, guia y conductor seguro de caminantes, substituto y egecutor de la divina misericordia, tutelar especial de la castidad; direlo en una sola

expresion, que lo comprehende todo, al soberano arcángel Rafael. Yo os confieso que al comenzar á contemplar la gloria de Rafael no dejé de atemorizarme tropezando en mil escollos de dificultades para formar este tosco borrón. Consideraba que habia de hablaros de un santo ángel que, teniendo por su mayor gloria el asistir continuamente al trono del Altísimo, no ofrecia mas materia, que aquella feliz bienaventuranza, comun á los otros ángeles, y cuya esplicacion no es concedida á humanos labios. En los demas santos su vida, sus virtudes, sus penitencias, su oracion ofrecen á los oradores abundante materia para un panegirico. Pero un santo arcángel cuya vida totalmente oculta á nuestros ojos es conocer y amar á Dios, cuyos ejercicios purísimos y espirituales no sabemos esplicar; con qué palabras, con qué elogios se podia alabar dignamente? Así sin duda se deberia discurrir á no gozar el santo arcángel Rafael la singular prerogativa de haber vivido en cierto modo entre los hombres una vida manifiesta en beneficio de ellos mismos. Los otros ángeles viven allá en el cielo una vida puramente espiritual y oculta; Rafael á mas de esta apareció á los ojos humanos de suerte que, ya que no en realidad, pa-

reció á lo menos que vivia una vida humana; esta vida pues de Rafael acá en la tierra empleada toda en beneficio de los hombres será la materia de este breve rato, en el que procuraré mostraros que mereció dignamente Rafael entre los demas ángeles el renombre del ángel amante de los hombres. Por tanto no haré otra cosa que ponerlos á la vista con la historia misma de Tobías: la vida del ángel amante.

Y si el ocultarse Rafael bajo las apariencias de hombre en beneficio de estos fué llamado por el mismo santo arcángel con el nombre de Arcano y sacramento del rey supremo: *Etenim sacramentum regis abscondere bonum est*; con cuán justo titulo te manifiestas hoy ¡oh Señor Soberano! á nuestros ojos para solemnizar los cultos de tu favorecido arcángel en el que verdaderamente es el singular Sacramento del Rey de los cielos? Allá tomó Rafael las apariencias de hombre para llenar de felicidad la casa del piadoso Tobías sanándole como médico diestro, sirviendo al joven hijo de conductor en su viage, y siendo el autor de las felices bodas con Sara: acá se oculta todo un Dios bajo las humildes apariencias de un pan sirviéndonos de médico, de viático y de feliz pren-

da de los mas sagrados desposorios del alma con su Rey. Yo ciertamente haria injuria á tu adorable y divina presencia si pretendiendo en ella elogiar á Rafael me valiera de aquellos discursos nuevos y brillantes, de aquella pompa de palabras que, deslumbrando los ojos con un falso esplendor, no dejan en el corazón fondo alguno de luz. Ilústreme, pues, aliénteme la soberana luz de tu Magestad sacramentada para no valirme de otros adornos que de aquellos que representan á la verdad en toda su pureza: así lo esperó de la intercesion de la mas pura Virgen que fué reyna hermosa de los ángeles desde que fué anunciada por un arcángel llena de gracia:

AVE MARIA.

Una muchedumbre innumerable de enfermos desvalidos que, gimiendo bajo el doloroso peso de sus males, esperan al rededor de una fuente la venida del ángel del Señor, para verse libres y sanos; es en el evangelio presente un lastimoso pero verdadero retrato del miserable estado del mundo. Erase, dice el evangelista San Juan, una fuente ó piscina cuyas aguas movidas en ciertos tiempos por un ángel tenían la maravillosa virtud de sanar el enfermo que en ellas se arrojaba. Por todas partes estaba esta fuente cer-

cada de ansiosos enfermos que aguardaban el dichoso tiempo en que bajaba el ángel: ciegos, tullidos, mancos, leprosos, paralíticos y cuantos, desesperados de humano remedio, no tenían otra esperanza de alivio que la muerte ocurrian á esta fuente á buscar la mas saludable medicina. ¿Y qué otra cosa, señores, es el mundo sino un hospital de toda clase de enfermos á donde entra el hombre á gemir y penar desde el instante mismo en que nace? Nace el hombre, y siendo las tier-
nas lágrimas y gemidos la primera señal que dá de su vida parece que con ellas comienza á llorar anticipadamente aquel torrente de males á que vá á sugetarse, no solo en el cuerpo, sino aun mucho mas en el alma. Enfermedades, pobreza, deshonras, hambres, desnudeces son las amargas aguas del anchuroso mar que vá á inundar el estrecho vaso de su cuerpo. No se oyen en esta universal piscina del mundo sino llantos de enfermos, lágrimas de pobres, quejas de deshonrados, lamentos de hambrientos y desnudos; y aun en medio de la mas risueña y dichosa fortuna salen del fondo del corazón unas secretas lágrimas que dan á conocer que los que parecen sanos y afortunados, no son sino los mas adoloridos

enfermos recostados en blandos lechos y cubiertos de flores. Ni son menos los que, enfermos del alma con los mortales achaques de sus pasiones, ni aun para lamentarse tienen vida. ¿Cuántos hay en el mundo ciegos con un amor desordenado, cuántos mancos con la avaricia, cuántos tullidos sin dar un paso á su salvacion, cuántos sordos á las divinas inspiraciones y cuántos al fin paralíticos de muchos años que recostados en el asqueroso lecho de sus culpas no se mueven á arrojar en las saludables aguas de la penitencia? Pero entre tantas miserias y dolencias ¿cuál será aquel ángel del Señor á quien se ha de confiar la medicina? Yo sé bien que si (como juzgan algunos sábios intérpretes) el ángel que allá en la Piscina de Bethesda bajaba á mover sus aguas era el glorioso arcángel Rafael, esto bastaría á convencernos de que en la universal dolencia del mundo él, como medicina de Dios, es un singular protector para el remedio. Pero, dejando ahora aparte esta piadosa opinion, lo que yo intento persuadir es que entre todos los ángeles santos resplandece tanto en Rafael su amor para con los hombres que en las comunes miserias, que afligen al mundo, debemos confiar mas par-

ticularmente en su universal patrocinio, como que es por antonomasia el ángel amante.

Punto primero.

Recorred conmigo brevemente la historia de Tobias y comenzad al mismo tiempo á admirar en ella la vida manifiesta de Rafael entre los hombres. Tobias de la noble tribu de Néphthali, ilustre en su prosapia, rico sobremanera de los bienes de fortuna, honrado de los suyos y tambien de sus enemigos violentamente cual otro Job se vió precipitado de la cumbre de la felicidad al abismo de la mayor miseria. Reducido al estremo de la pobreza, ciego y privado de la luz de sus ojos, perseguido de sus paisanos, motejado é insultado de sus domésticos no tenia ni aun el ligero consuelo de la compasion: veia convertida su abundancia en una escasez summa, y padeciendo en la ceguera la mas sensible enfermedad carecia de la mas necesaria ayuda para solicitar el sustento: los estraños le aborrecian y perseguian, y ni aun dentro de su propia casa tenia el alivio de quejarse, porque eran á sus quejas dolorosos ecos las palabras de mofa y desprecio con que su engañada muger

le atribuía la causa toda de su desgracia. Un hijo jóven, que el cielo le habia dado, no servia sino de hacer mas grave su dolor y su poca edad y esperiencia no le permitian al desgraciado padre enviarle hasta Rágos, ciudad distante, á cobrar una gran suma de plata que allí le debían, último recurso de su miseria. Mas entre tanta confusion y angustia se le presenta repentinamente un jóven de hermoso rostro, de gallarda disposicion, que en traje de peregrino se ofrece graciosamente á acompañar al jóven Tobías. Yo soy, le dice, Azarías, hijo del grande Ananias, y como fiel criado me ofrezco á servir á tu hijo y á volverle sano y rico á tus ojos. No hay para que ponderar la admiracion y espanto que sorprendió á los dichosos hijo y padre á semejante vista: lo cierto es que la feliz vuelta del jóven á su casa rico y desposado con la hermosa Sara, la salud recobrada del padre anciano, y lo demas que tantas veces habéis oido con admiracion en este mismo puesto confirmaron el dicho del hermoso jóven.

Es muy célebre este pasage sagrado para que alguno ignore que este benéfico peregrino no fue otro que el arcángel Rafael que tomando las aparien-

cias del hombre bajó del cielo á la tierra á servir á Tobías no solo como compañero, sino aun como fiel criado. Y ¿qué ¡Dios poderoso! era de tanto peso el volver á Tobías de su miseria á su antigua felicidad, que ha de bajar para eso desde el escelso trono donde asiste continuamente Rafael, y no de otro modo que bajo el disfraz de un humilde criado? Ciertamente que al poderoso brazo del Señor no le faltaban medios con que sin emplear tantos prodigios restableciera la casa de su siervo Tobías á su primer esplendor. Un Job abatido hasta el extremo, un David arrojado del trono, una Susana calumniada, un Mardoqueo despreciado ¿no subieron despues al colmo de la dicha por medios que suavemente ordenó la Providencia sin valerse de tantos prodigios? Y ya que esta obra se habia de egecutar por ministerio de un ángel ¿no parece que siendo el ángel custodio aquel á cuya guarda están fiados los pasos todos del hombre, el ángel de guarda de Tobías bastaria á conducirle felizmente, á ilustrarle y enriquecerle? Mas es regla, sabiamente establecida por Dios que siendo los ángeles de inferior gerarquía los que se destinan para los comunes beneficios á los

hombres, los de gerarquía superior no son enviados de Dios sino para las obras de primer orden: ¿pues por qué Rafael, que (si creemos á muchos sabios interpretes) es del supremo grado de los serafines, ha de destinarse para una empresa que podia perfeccionarse por otros ángeles inferiores? Pero que dudamos: el fuego activo del amor todo lo iguala, y el fogoso amor de Rafael para con los hombres sin sugetarse á las comunes leyes le obliga á que en un trage humilde haga obtencion de su piedad. Si, que cuando se trata de favorecer á los hombres ninguno es mas proporcionado que el ángel amante. Este es, reflexa sólidamente el gran padre San Gregorio, el maravilloso orden de la Providencia, destinar á los ángeles á aquellos ministerios que mas se conforman con la virtud que los caracteriza distinguiéndolos, aun entre los hombres, con ciertos nombres que espican esta misma virtud: por tanto si, allá en el principio del mundo se levanta la soberbia de Lucifer encendida en vanos imposibles deseos de igualarse á Dios; si en el fin de los tiempos este mismo ángel soberbio ha de ser vencido en un combate decisivo, siempre se destina esta empresa á aquel arcángel soberano que tenien-

do por caracter la humildad es conocido por el nombre de Miguel. Si el Señor quiere dar á conocer al mundo la fortaleza de su brazo, si descubre á Dantel en el misterioso arcano de las setenta y dos semanas la venida del Mesías, si le revela los fuertes combates y victorias de los Partos y Medos; si por último se ha de anunciar á la mas pura virgen la Encarnacion del que es llamado por antonomasia fuerte ¿quién otro es elegido por Dios que aquel esforzado ángel que resplandeciendo singularmente en la fortaleza toma por eso el nombre de Gabriel? Mas cuando se trata de beneficios y de amor, cuando se ha de ejecutar alguna empresa en que mas resplandece la misericordia, Rafael es el que entre los demas se elige, sin duda, porque en él entre todos brilla y resplandece la misericordia y amor para con los hombres. Por eso con razon es llamado *medicina de Dios*, y por eso tambien la primera vez que se manifestó á Tobias quiso tomar el nombre de Azarias, que segun el sentir de Beda y otros significa misericordia y beneficio amoroso de Dios. Logre pues Miguel en el renombre de humilde la gloria de haber domado la orgullosa cerviz del soberbio Luzbel;

resplandezca Gabriel con el título de ángel fuerte; pero señálese entre todos Rafael con las dulces insignias del amor calificándose del ángel amante.

Mas aun todavía no hemos acabado de desenvolver el misterio de amor que encierra la aparente vida de Rafael entre los hombres. Seria cansar vuestra atencion el querer hacer un resumen de las innumerables veces que los ángeles santos han aparecido á los hombres enviados del Señor. Cuantas veces en la antigua ley queria Dios ó revelar sus ocultos misterios, ó encomendar á sus escogidos empresas útiles á los destinos de su Providencia; siempre se valia del ministerio de los ángeles santos; así lo hizo con Daniel y Ezequiel, así con Isaías y Jeremías, así con Abraham y Jacob, con Gedeon y Moyses, y finalmente con otros innumerables á quienes aparecieron los ángeles santos, ó ya representando al mismo Dios, ó ya en calidad de ministros enviados suyos. Pero no hallaréis en tan frecuentes repetidas apariciones una sola en que los ángeles tomaran la semejanza de hombre para vivir largo tiempo entre los hombres, sustentándose, conversando y viviendo al parecer como uno de ellos.

Apenas cumplan con el fin de su ministerio, luego que ó revelaban el misterio para que eran enviados, ó intimaban á los patriarcas y profetas los órdenes del Todopoderoso; luego desaparecian de sus ojos dejando aquella apariencia de cuerpo que solo les habia servido para hacerse visibles. Solo Rafael por espacio de muchos dias oculta la escelencia de su ser viviendo al parecer una vida de hombre. El baja, no ya rodeado de lucidos esplendores ni revestido de brillantes luces; no le acompañan, como allá al ángel en el Sinai, el horrisono estruendo de rayos y relámpagos que descubran su ser; y la calidad de ministro del Omnipotente; antes bien disimulando la tribu, la patria y el nombre humano como criado fiel sirve á Tobias, y como hombre se sustenta, al parecer, conversa y vive entre los hombres.

Yo, señores, no puedo menos que admirarme al contemplar á Rafael viviendo tan de asiento entre los hombres para conducir á Tobias y sanar á su ciego padre, cuando por otra parte se me representa la libertad del pueblo escogido llena de maravillas y prodigios fiada á la conducta de un hombre sin que los ángeles, que repetidas veces se le aparecen para iluminarle, tomen de asiento la visible pro-

teccion de la empresa. Y á la verdad esta accion de libertar al pueblo escogido de un penoso y largo cautiverio conduciéndole por entre desiertos valles, y escarpados montes hasta la tierra de promision fué sin duda el ensayo del divino poder, el geroglífico mas cumplido de la redencion del linage humano y la mas célebre y ruidosa empresa que vió el mundo. Si alguna se habia de fiar á la proteccion de los ángeles, parece que ésta por su importancia, su dificultad y grandeza pedia que bajando del cielo lucidas tropas de soberanos espiritus, ellos hubieran sido los egecutores de tan altos designios. Pero nada menos: Moysés por mas que lleno de temor pondere ya su poca elocuencia, ya el poder de sus enemigos, ya la dificultad de la accion, él, esforzado por un ángel, vá á llenar el mundo con el famoso titulo de capitan y libertador del pueblo de Dios. Y que cuando para dar fin á las miserias de todo el pueblo amado se destina un hombre, para la felicidad de un hombre particular ¿ha de bajar un arcángel supremo, ocultando su ser y tomando las viles apariencias de un humilde criado? Yo bien sé, señores, que en estos puntos es preciso venerar aquellos altos impenetrables designios del Altísimo

y confesar que de las obras del Señor jamas sabrá dar razon el limitado y grosero entendimiento del hombre. Pero, si nos es licito valernos de piadosas conjeturas para sondear en algun modo el abismo de los divinos secretos, cuanto hasta aqui hemos discurrido ¿no es manifesto indicio de que Dios, con maravilla nunca vista, quiere que este ministro suyo sirva á un hombre en calidad de criado, para que todos conozcan que en Rafael tienen un ángel singularmente amante de los hombres? Si Rafael hubiera bajado del cielo revestido de todo aquel esplendor que diera á conocer su dignidad, ó ya para sepultar al poderoso egército de Faraón entre las aguas, ó para obrar con el pueblo alguno de aquellos estupendos milagros que en su favor se egecutaron, podríamos creer que la misma grandeza de la obra pedia un ministerio tan elevado para su egecucion. Pero bajar para un beneficio que tantas veces han egecutado otros ángeles inferiores, y no de otro modo que bajo las mas humildes apariencias ¿no es argumento claro de que Dios quiere darnos á conocer que no era otro el motivo de su venida que mostrar quanto amaba á los hombres este ángel egecutor de sus misericordias? No quisiera que lo que os

voy á decir se calificara mas por aguda ingeniosidad que por piadoso y sólido discurso; ni pretendo que la obra en que Dios mostró los quilates de su amor se juzgue que tiene alguna cabal semejanza. Pero si hay alguna proporcion entre la luz y la sombra, y si muchas veces un muerto é inanimado retrato merece de algun modo compararse á su original; comparad, señores, á Dios amante en su Encarnacion con Rafael amante cuando se oculta. La mayor demostracion que ha hecho Dios de su amor para con el hombre fué llegar á humillarse en tanto grado, que ocultándose y anonadándose bajo el tosco velo de nuestra carne, escondiera todo el esplendor de su divinidad hecho hombre mortal y pasible. Entonces fué cuando, con asombro de los cielos, se vió á Dios unir en sí los estremos mas distantes: entonces cuando dió á conocer que sus delicias todas eran estar con los hombres. Anhela siempre el amor á la semejanza y la igualdad; y por eso quiso mostrar Dios que el suyo no se saciaba con hacer al hombre participante de su divinidad, si él mismo, uniéndose con el hombre, no se hacia tambien partícipe en algun modo de sus defectos é imperfecciones. Pasad ahora del original al retrato, de

Cristo á Rafael, y vereis á este arcángel soberano que abrasado tambien en amor de los hombres, deseoso siempre de favorecerles, ya que no puede serlo en la realidad, quiere á lo menos parecer hombre. Dios quiso y pudo con su infinito poder hacerse verdadero hombre, Rafael no puede tanto; pero el amor siempre ingenioso halló industria para que ocultando su ser y naturaleza de ángel tomara las apariencias de hombre. El anda, él conversa, él se sustenta al parecer como hombre sirviendo humildemente á Tobías en calidad de criado, y ya que su limitado poder no alcanza á hacerse hombre por los hombres, encubre el esplendor de su angélica soberanía encubriéndose bajo la tosca exterioridad de un joven peregrino. No hay pues que maravillarse si un sabio intérprete no duda afirmar: que esta accion de Rafael fué una sombra de la Encarnacion del verbo divino, y que Rafael amante fué símbolo y figura de Jesucristo: *Misticè per Rafaelem intelligi potest Dominus noster Jesus Christus qui dicitur magni concilii Angelus*. Los otros santos ángeles guardan, protegen y defienden á los hombres, pero siempre como ángeles; Rafael para calificarse del ángel amante toma la semejanza del hombre, y á impul-

sos de un amor siempre solícito es autor de los mas apreciables bienes. Y ved aqui otra circunstancia que realza sobre manera el amor de Rafael. No es un amor estéril que se contenga en los estrechos límites de uno ú otro beneficio, sino un amor fecundo y universal que, á manera de un océano sin fondo, derrama sobre nosotros las saludables aguas de todos los bienes.

Punto segundo.

En los demas ángeles y santos ha establecido la Providencia una sábia economía que, dividiendo entre ellos los oficios de su misericordia para con los hombres, cada cual tiene su particular carácter en que respandecé su patrocinio. Así que, segun el comun sentir de los padres de la iglesia, á cada hombre, á cada ciudad, y aun á cada especie de los mismos irracionales é insensibles se les ha destinado un ángel custodio, cuyo cuidado se emplea solamente en aquello de que se le ha encomendado. La misma sábia distribución se admira en los demas santos, siendo unos particulares patronos para la salud, otros para el honor, para el remedio de la pobreza otros; otros, en fin, para auyentar á nuestro comun

enemigo el demonio. Pero discurrid, señores, por todos aquellos bienes que son capaces de hacernos felices, recorred cuantos males aflijen al hombre en este miserable destierro, y vereis que el amor de Rafael, sin limitarse su proteccion, se estiende á todos. ¿Qué mal, qué adversidad, qué desgracia hay de la que el pronto socorro de Rafael no nos liberte? Se ve reducido Tobías al extremo de la pobreza, Rafael toma á su cargo cobrar de Gabelo la gruesa suma de diez talentos de plata; y siendo prudente consejero de las bodas del jóven con Sara, le grangea una riquísima herencia. Llorá el anciano padre con lágrimas irremediables la irreparable y mas sensible enfermedad de la ceguera; Rafael, cual diestro médico, descubre en las entrañas de un pez la mas eficaz medicina. Gime la honesta Sara, llora la pública deshonor con que el vulgo la calumnia divulgando que ella, á mas de estéril, ha sido la cruel homicida de sus siete infelices maridos; Rafael la restituye á su antiguo honor descubriendo, en los felices desposorios que celebra con Tobías, que la honesta Sara no era ni cruel ni estéril. El impuro espíritu de Asmodeo, verdadero autor de la muerte de aquellos siete esposos, se arma igualmente

te contra Tobías; Rafael le arroja, le conduce al desierto, y libra á aquella casa del infernal enemigo. Mas para que nfe canso y fatigo vuestra atencion: enfermedades, pobreza, deshonras, vicios, demonjos todo huye al nombre de Rafael, porque su honroso patrocinio le ha hecho universal protector de las riquezas, del honor, de la castidad, de las demas virtudes.

Mas acaso direis, que quanto hasta aqui hemos discurrido del amor de Rafael solo lo espetimentó la dichosa casa de Tobías, y que vosotros no os juzgais tan felices que os prometais tan semejante proteccion. Pero bien: ¿cuáles pensais que fueron los méritos que á Tobías le gran gearon tanta dicha, sino un medio el mas facil y comun á todos, y que á todos nos hará igualmente participes del mismo bien? Tus limosnas (le decia el ángel Rafael á Tobías) tus copiosas limosnas, tu piedad para con los pobres, tu misericordia con los desvalidos te ha merecido tanta dicha. O maravillosa virtud de la limosna, dice esponiendo este lugar el gran padre San Agustin, que merece tener por siervo y protector á un arcángel tan grande! Yo, señores, al llegar á este punto, conozco, que aqui donde he concluido mi

oracion deberia comenzar de nuevo, demostrándoos que jamas seremos dignos de la piedad con que Rafael se caracteriza el ángel amante sino le imitamos en la misericordia con los pobres. Sino temiera añadir á lo mal pulido y desaliñado de mis discursos el penoso fastidio de lo largo y prolijo hoy, quitándole de la boca á Rafael sus mismas palabras, os demostraria el mérito y la necesidad de la limosna. Yo os haria ver que las leyes todas, la natural, la escrita y la de gracia estan llenas de espresisimos preceptos que obligan á la limosna: al punto os presentaria las ricas promesas de que á cada página abundan los libros sagrados en favor de los piadosos y limosneros, y por el contrario las maldiciones, las amenazas, los castigos fulminados contra los que avaramente crueles cierran su mano á la piedad. Vendrian á mi favor clamando San Crisóstomo, San Agustin, San Anselmo, San Gregorio, San Gerónimo, y, en una palabra, los padres y doctores todos.

¿Mas para qué era menester tanto? oiriais al mismo Cristo mandar con espresadas palabras: *dad limosna á los pobres; dad á los pobres quanto os sobra*. Busque en hora buena la industriosa avaricia del siglo opiniones falsas para escusarse, alégue-

se cuanto se quiera que la familia es crecida, que los tiempos estan adversos, que los comercios estan perdidos, que apenas se alcanza para mantener el esplendor de la casa y el lustre de la familia: ¿qué importa si á vista de una muger que carga sobre si en el atavío de joyas y galas un mayorazgo, si á vista de un hombre que disipa en el lujo y la ostentacion un caudal, el interior, testigo de la propia conciencia, nos está desengañando de que sobra para los banquetes y los saraos, que sobra para el juego y las galas, que sobra para un número inútil de criados, que sobra para los cortejos y las disoluciones; y (¡O Dios inmortal!) solo para los pobres no sobra? Sean, señores, en hora buena crecidos los gastos con que, como soleis decir, se agota y se desangra todo el caudal; pero ¿no sabeis que el diestro médico cuando un joven acometido de un violento flujo de sangre arroja tanta, que parece que no le ha quedado alguna en las venas, al punto le receta una sangría, y la sangre que artificiosamente sale por otro conducto restituye la que el flujo violento desperdiciaba? Sangrad, si; sangrad vuestras bolsas con limosnas copiosas, que ellas en lugar de disminuir el caudal servirán de aumentarle. Aquí, aquí en es-

ta casa, y este hospital de misericordia, tenéis abundante materia para derramar vuestras piedades: Dios ha vinculado, piadosos ciudadanos de Toluca, el remedio de tanto pobre desvalido en vuestra piedad: podia el Señor por otros medios socorrerles; pero, por dicha vuestra, quiere que vosotros seais los instrumentos de su misericordia.

Y ¿no lo habeis reflexado en el evangelio del dia? En aquella piscina de Bethesda, que no quiere decir otra cosa que una casa ú hospital de misericordia, yacia sin remedio un paralítico de treinta y tres años; y preguntado por Jesucristo ¿cuál era la causa de que allí, donde por ministerio del ángel que bajaba del cielo todos salian sanos, él solo tantos años hubiera estado arrojado sin remedio? respondió el paralítico en esta sentida queja: Yo, Señor, no he sanado porque no tengo hombre: *Domine, hominem non habeo*: ¡Rara disculpa! Si el remedio lo daba el ángel que bajaba del cielo á mover las aguas ¿por qué atribuye el paralítico la falta de su salud á no tener hombre? Señores, porque el ángel movia, pero el paralítico necesitaba de hombre que le llevase desde su pobre lecho hasta la fuente saludable. ¿Qué importa, pues, que

haya ángeles que muevan las aguas, si no hay hombres que conduzcan á los paralíticos? ¿Qué importa que en la fuente ó probática piscina de este hospital haya innumerables religiosos que en calidad de ángeles asisten á los enfermos, si faltan hombres que con sus socorros los habiliten? *Hominem non habeo*. Claman tantos pobres vuestros compatriotas y paisanos, tantos forasteros sin arrimo, tantos llagados é impedidos: no tenemos hombre. Sus llagas, su desnudez, su desabrigo son otras tantas lastimosas bocas por donde gritan adoloridos: gemimos, lloramos, sufrimos á vista de la fuente saludable rodeada de ángeles; ¡pero nos falta hombre que nos ayude con el socorro preciso para el abrigo, el sustento y la medicina! *Hominem non habeo*. Claman las mudas paredes de este templo y esta casa; ¡no tenemos hombre que acuda á los precisos gastos que demandan el culto divino y la subsistencia de sus moradores! *Hominem non habeo*! ¡No tenemos hombre! claman por último á pesar del silencio y pudor religioso los fieles imitadores de Rafael. Lleguen, pues; vuelvo á decir á vuestros oídos, ó piadosos ciudadanos de Toluca, envueltas en ayes y lamentos estas tristes voces que os obliguen á abrir vuestras

manos con copiosas limosnas, como corresponde á la magnanimidad y nobleza de vuestros espíritus, y á la cristiandad de vuestra profesion: ellas os grangearán como á Tobias el amor y proteccion del ángel amante Rafael, y ellas en la tierra os harán semejantes á los ángeles que cuidan de los hombres.

Y vosotros religiosos hijos de aquel abrasado patriarca, que mereció por su amor á los hombres el renombre de Padre de los pobres, perfeccionad en hora buena con vuestra vida un retrato de aquellos dos modelos del amor de los hombres Rafael y Juan. Felices que en esta austera recoleccion anhelais á unir los ejercicios de piedad y misericordia con los de la contemplacion y retiro deseosos de restablecer el primitivo fervor y espíritu de vuestra regla: ellos harán que si allá el mundo admiró á un ángel que pareció hombre por amor de los hombres; admire ahora en vosotros unos hombres que parecen ángeles en el amor, en la piedad y misericordia, virtudes en que el mismo Dios ha hecho resplandecer su mayor gloria.